

De todos los fuegos, El Fuego

>Sergio Ricardo Arenas Martínez*

Recorrer las páginas de *El Fuego de las Noches* del tabasqueño Audomaro Ernesto Hidalgo implica un movimiento constante. La palabra arrobada del poeta se inmiscuye en un desplazamiento que va de un escenario naciente a una última etapa. Sin embargo, en las generaciones de la vida, la última trasmuta en la primigenia. El ir envuelve en un vacío a lo que se queda. Los que permanecen dicen que se fue, si el que se mueve deja una puerta entreabierta al menos, si no es así nada dirán. Quienes ven al inmigrante saben que algún día emigrará si dejó un suspiro. Entonces, migrar no es más que minar los puertos acallados en la contemplación del horizonte herido con la estela del partido.

En el movimiento se puede observar que la obra que nos ocupa, transita sin dificultad y con soltura del poema en verso al poema en prosa. Ello le permite mostrar lo invisible de la realidad, deja ver aquello que la mirada o el gesto sólo dicen.

Los continuos vaivenes del poemario no cansan; al contrario, punzan por encontrar puntos de partida, que al final de cuentas es lo que significa la condición de vivir: partes del útero para nacer, partes en la muerte. En el texto referido, el traslado incasante resulta ser una multiplicidad de voces interiorizadas por el poeta, muchas gimen porque encontraron eco, otras ríen porque lo alcanzaron a él. Como el joven hidalgo dice en su libro:

*Empujándose, las palabras se van
comiendo unas a otras,*

Caen

Igual que monedas incendiadas

En la lectura, devoré al inicio. Digerí con calma después. Realicé entonces un viaje. Me resultó imposible ver los maderos recogidos por mi padre. Cómo olvidar ahora su búsqueda en un año arcón, y por momentos me vi hurgando yo también en él. Mas la reiteración de la palabra madero me remolcó hacía aquel nazareno que murió allí. Ahora me lo imagino meciéndose en la silla recogiendo almas y recuerdos para sembrarlos con Su soplo y Su palabra en quienes comienzan a tejer su memoria. Es la condición de existencia.

Este libro hace presente el pasado, pero no como presente, sino como futuro. El hombre prepara la mecedora para sentarse a vivir la vida de la forma en la que su tiempo ahora le marca, como le ocurrió antes a su padre, y el hijo que lo habla como realizando en el presente su futuro. No hay pasado posible porque todo está presente como constructo del futuro.

Desde otra perspectiva, me parece que, si bien la obra de Hidalgo no es una narración, los poemas se hilan de tal forma que cuentan algo más que una introspección del poeta. Nos encontramos que se conforma una historia que contiene otras.

Tras la historia de adulto en busca de su destino, se cuenta la historia de un viaje: del sureste tropical al más profundo sur, a las playas de Valparaíso y el desierto andino, a la Argentina de la cordillera mansamente desamparada. Entonces no es precisamente varias historias, es más bien una sola que es contada varias veces de distinta forma por distintas voces, lo que le imprime un carácter no determinado.

No obstante de encontrar en la tercera parte de su obra, cordillera, polvo, soledad, lleno de mar y de quien no lo conoce. Me llamó la atención que noche es vastedad. Además que el fuego se va consumiendo a sí mismo. Soledad, vacío por una ausencia, del que se fue, del que partió. Pueblos que no importan cómo se nombren, porque no pertenecen a ninguna geografía en específico.

La evocación corre o apenas marcha desde ángulos distintos pero con una raíz semejante. El poeta llama del fondo de la mente imágenes guardadas y las plasma con imaginación. En su discurso poético evoca la figura de su predecesor. Este acto provoca en el lector armar con esas imágenes sus propias figuras. De modo que en ambos, poeta y lector, se establece el recuerdo de una cosa a otra por su semejanza; por ejemplo, ese gesto evocado del padre me remitió al mío. Sí al evocar se puede invocar a los espíritus o los muertos, no cabe duda que en todo el texto reco-

29
Cinzontle

* Profesor investigador de la División Académica de Educación y Artes de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

30

Cinzontle

re un espíritu ausente, en todo él anda la muerte: el vacío, la ausencia. Recordar, invocar, rememorar, aludir, despertar, revivir, traer a la memoria, sugiere, insinúa y sólo lo puede hacer quien vive. Lo muerto permanece inmóvil desgranándose, lo vivo se mueve, transita.

La curiosidad me surgió especialmente mientras procuraba encontrar relaciones significantes entre el título de la obra que nos ocupa, el contenido, y su posible constitución del símbolo. Como se trataba de dilucidar algunos aspectos profundos que maneja. Entonces me di a la tarea de hurgar en el diccionario de símbolos y en Bachelard, con la finalidad de trazar al menos lo que se encuentra más allá de la superficie de *El Fuego de las Noches*. La idea de este escrito es abocarse al primer término del título: Fuego. De acuerdo con el diccionario de símbolos, un significado, según el Yi-king, del fuego corresponde al sur, al color rojo, al verano y al corazón. Por otra parte, el fuego simboliza las pasiones, especialmente el amor y la cólera, o el espíritu, el «fuego del espíritu», que es también el aliento. El fuego es el símbolo divino esencial para muchas religiones. El símbolo del fuego purificador y regenerador se extiende desde el Occidente al Japón. Buddha substituye el fuego sacrificial del hinduismo por el fuego interior, que es a la vez conocimiento penetrante, iluminación y destrucción de la envoltura: Mi corazón es el hogar, la llama es el yo domado.

Más adelante encontré también que el hombre es fuego, dice Saint-Martin; «su ley, como la de todos los fuegos, es disolver (su envoltura) y unirse a la fuente de la que está separado». Este último hace corresponder el fuego al corazón. En el Popol-Vuh, los Héroes Gemelos del maíz, perecen sin defenderse en una pira encendida por sus enemigos para ser luego encarnados en el brote verde de maíz.

La significación sexual del fuego está universalmente ligada a la pri-

mera técnica de obtención del fuego por frotamiento, en vaivén, imagen del acto sexual (ELIF). Según G. Dieterlen, la espiritualización del fuego estaría ligada a la obtención del fuego por percusión. El fuego obtenido por frotamiento es considerado «como el resultado (la progenitura) de una unión sexual» Para G. Bachelard «el amor es la primera hipótesis científica para la reproducción objetiva del fuego, y antes de ser el hijo de la madera, el fuego es el hijo del hombre. El método de la frotación aparece como el método natural. Una vez más, es natural porque el hombre accede a él por su propia naturaleza. En verdad, el fuego distingue, con Bachelard, dos direcciones o dos constelaciones psíquicas en la simbólica del fuego, según se obtenga, como se acaba de decir, por percusión o por frotamiento. En el primer caso, se emparenta con el relámpago y con la flecha, y posee un valor de purificación y de iluminación; es «la prolongación ígnea de la luz» Se opone al fuego sexual, obtenido por fricción, como la exaltación de la luz celeste se distingue de un ritual de fecundación agraria. El simbolismo del fuego así orientado marca la etapa más importante de la intelectualización del cosmos y aleja cada vez más al hombre de la condición animal.

El fuego por sus llamas simboliza la acción fecundante, purificadora e iluminadora. Pero presenta también un aspecto negativo: oscurece, sofoca por su humo; quema, devora destruye: el fuego de las pasiones, del castigo, de la guerra. El fuego es purificación y luz, pureza y conocimiento.

Ciertamente en la revisión superficial del texto encontramos elementos trazados a lo largo que incitan al movimiento, al renacer, como el adulto que hurga, los viajes al sur, las pasiones, el aliento parapetado detrás de la soledad y el hastío. Finalmente, es posible observar el deambular del espíritu en cada

palabra que empuja a la otra. Ciertamente, Audomaro escribe con el púrpura de su corazón jovial.

Con cada signo de presencia simbólica, con cada frase poética, el lenguaje puede desdoblarse hacia el infinito. Con lo antes dicho, se puede afirmar que con la lectura de *El Fuego de las Noches*, dominar un lenguaje es una tarea harto difícil, porque significa apropiarse de lo que existe bajo ciertas normas inflexibles y alienadoras y darle un carácter propio y liberador. Vislumbro que el lenguaje empleado por Audomaro ofrece las objetivaciones indispensables en el texto y dispone el orden en el cual éstas adquieren sentido, donde la vida cotidiana adquiere significación. La forma y el contenido ofrecidos en el texto permiten corroborar su inclinación por distanciarte del canon, por escribir a su estilo, el cual se halla cercano a la idea del arte como expresión lúdica de la existencia y que además incita a la reflexión profunda del ser. En el todo, revela que se pueden encontrar elementos valiosos para la existencia humana en la ambigüedad del lenguaje preciso, aquél que un escritor acucioso utiliza, con una mirada reveladora, en la construcción de su mundo literario.

Acercarme al libro de poemas de Audomaro me permitió dialogar en la lectura con mi padre, con mi hijo, con este trópico que me recibió a gusto, pero también hablé con la montaña, aquella que me saludaba todas las mañanas antes de partir a clases en la primaria, y con el cerro de Loreto, donde los franceses tuvieron un revés en 1862, lugar transitado por mí infinidad de veces, ya sea a pie o en bici. Del mismo modo, *El Fuego de las Noches* me resultó una caminata solitaria escuchando hacia dentro, por ello convido el abrazo que se les brinda a todo aquel que ha descubierto que no hay venganzas que ofrecer. Enhorabuena Premio Nacional de Poesía.